

# Francisco Torrent Rodríguez († 9 de diciembre de 2009) *In memoriam*

Julio César CALVO HERRAIZ

IES Miguel de Cervantes  
julio.c.calvo@gmail.com

*MAGIS MAGISQVE IN DIES*

Cuando un antiguo alumno del Instituto de Bachillerato «Ramiro de Maeztu» lea la expresión que encabeza estas líneas, sabrá reconocer a su autor sin dudar. Esa frase definía una forma de aprender mediante el esfuerzo, la exigencia del estudiante, la necesidad de mejorar día a día; mas, para los alumnos del Sr. Torrent, encierra algo mucho más importante: la generosidad de un profesor que regaló a varias generaciones de estudiantes el amor por el latín, la sabiduría de un gran maestro derrochada en sus alumnos, la paciencia de un director de orquesta que escucha con sonrisa paternal la interpretación desafinada de unos alumnos principiantes.

Paso por alto los méritos académicos de este Profesor Encargado de Curso en el Departamento de Filología Latina de la Universidad Complutense en los cursos 1963-1964 y 1968-1969, que fue homenajeado por la SEEC en el XI Congreso Español de Estudios Clásicos; pues bien, omito sus méritos adquiridos a lo largo de una vida entregada a la enseñanza del latín, en la idea de que otros compañeros y colegas ya se habrán dedicado a ello. Tan sólo me gustaría recordar su calidad humana y docente, cómo nos sorprendía en clase cada día, bregando en las aulas del «Ramiro», cigarro tras cigarro; qué importantes hacía sentirse a sus alumnos cuando les pedía que actuasen como correctores de las escasas erratas que pudiesen aparecer en aquel magnífico manual, engendrado por él, del editor G. del Toro y reeditado en numerosas ocasiones por la Sociedad Española de Estudios Clásicos. A los muchos discípulos que cultivó, nos dejó un libro de texto que habría de acompañarnos durante toda nuestra vida docente; no he sido capaz de encontrar una gramática más simple y a la vez más completa; bastaban unos pocos meses de trabajo con ella para asombrarse de la ingeniería de César en la guerra de las Galias, para escandalizarse, a través de Salustio, de la mente depravada de Catilina, de quien decía haber sido quizá el primer revolucionario de la Historia, incluso para dar los primeros pasos por la filosofía de la mano de Cicerón, reflexionando sobre la vejez, que a todos alcanza.

Nunca desaprovechaba oportunidad alguna que fuese útil a sus *praeclari animi*, pues así nos llamaba, para encontrar en la Historia de Roma cualquier cuestión que sirviese de ejemplo para la sociedad que nos estaba tocando vivir. Cuánto añoraba la

República romana del cónsul Cicerón. Sus expresiones de disgusto o de alegría eran habitualmente expresadas en latín; así, un alumno que daba guerra o no alcanzaba a traducir o analizar con propiedad los textos del día, ocupaba el papel de Catilina en la célebre frase de Cicerón: *Quousque tandem abutere ... patientia nostra!* Si era el momento de decir un exabrupto, *cunnum!*, si de cantar, aprendíamos el *Gaudeamus igitur*. Y, en Adviento, el coro de los *praeclari* en el «hall» del «Ramiro», entonaba con devoción el *Adeste fideles* a dos voces, que en tantas clases ensayáramos, dirigidos en aquellos compases por nuestro compañero Mariné.

«Erase un hombre a un cigarro pegado...» diría de él el clásico; su tez seria, su cabello blanco y espigado... Nunca faltaban las bromas en el aula, su exquisita y finísima ironía a menudo provocaba las carcajadas de quienes no necesitaban escuchar la palabra «disciplina», pues su sola presencia imponía un enorme respeto exento de temor. Su didáctica ágil, sus exámenes de diez minutos, contribuían sobremanera al conocimiento de la gramática sin necesidad de reflexión. No había pereza para empezar la clase ni se intuía siquiera un bostezo. ¿Quién podría emularlo?

Triste se habrá ido –tanto amaba el latín–, triste de ver que se ahoga aquello que fue su vida, triste, como es la molesta vejez. Alegre y triunfante, en cambio, como sembrador de letras que fue, por saber repletos sus campos de una fecunda cosecha de alumnos entregados al latín y a su enseñanza, sabedor de que muchos de ellos continuarán inculcando a las nuevas generaciones el amor a la lengua de Cicerón y de Virgilio.

Se nos fue su espíritu el pasado nueve de diciembre de dos mil nueve, pero quedará indeleble su recuerdo para aquellos que tuvimos la suerte de aprender de él. Se marchó el hombre, pero nos deja su legado, el dulce sabor de la libertad «que se adquiere con el conocimiento y la reflexión», tal como nos enseñó. Ahora podrá cumplir ese deseo que nunca habría podido alcanzar en vida, tan grande como imposible, el sueño de escuchar una declamación de Cicerón en el foro. *Sit tibi terra levis, domine!*